El año que sobreviví a mí

JUANA MOLASSES

Capítulo 1

08.

Dos y veinte, tres y cuarto, cuatro y media. No puedo dormir de verdad, al revés de lo que me venía sucediendo. Los primeros días después de la separación y de irme de la casa fueron los que mejor estaba durmiendo, al revés de lo predecible.

Me despierta un sueño extraño en que dos personas, una pareja de viajeros de las que solía leer sus historias en un blog, están nadando en una pileta, de esas como un tanque redondo y ella está muy embarazada mientras nadan. De repente un remolino pequeño y oscuro los molesta. El remolino se hace cada vez más turbulento y más grande, pero después de unos tironeos logran alejarse de él y siguen nadando en el tanque, como si nada, como dos peces humanos y el remolino, que sigue en el mismo lugar, va achicándose de a poco, más y más. En mi sueño la chica se veía hermosa y llena de vida, pero a él no lo vi realmente, sólo lo asocio porque en las historias que leí en el blog siempre están los dos juntos.

Me siento otra vez a meditar. Me cuesta. Su cara. La risa del diente sin funda. La sonrisa honesta. Sus ojos cuando desaparecen al sonreír. No puedo concentrarme. Los caños rosados de las calles. La plaza donde pasé tantas horas esa tarde y que no se exactamente donde queda, esa con la iglesia en la punta y las flores en los costados. El Ostbanhof y el otro lado del Spree. Se ve que hoy no voy a poder.

En un extremo Berlín. En el otro Felipe.

Y un extremo que ya se soltó de todas formas.

Empiezo a dar vueltas en el sillón de nuevo, siento que no duermo nada, que cómo voy a hacer para levantarme, encima Maca se quedó a dormir en lo de Antonio. Ahora estoy sola en la casa y no siento la presión de salir de la cama o de escaparme velozmente de acá para dejar de deprimirlo todo. Me despierto con ataques de llanto furiosos en la mañana, como un bebé con hambre o que no sabe exactamente lo que quiere pero lo quiere igual (eso podría definir perfectamente mi relación con Felipe) y el sol salió después de una semana de lluvia constante y no se todavía qué hacer con eso. No estaba preparada para el sol y menos sin tener la bicicleta conmigo. Pienso por un momento en mandarle un mensaje de texto muy liviano y seco a Felipe mencionando esta necesidad de pasar por la casa a buscarla, pero en el fondo sé que lo haría para seguir rascando su atención y puedo esperar y seguir caminando tranquilamente hasta el sábado cuando vaya por el resto de lo que queda

allá.

Me baño y me visto lo más presentablemente que puedo en mi estado patético y frágil. Y con la homeopatía de emergencia en la boca salgo a trabajar a lo de Ava a paso rápido. Qué bien me sienta, ni siquiera necesito música, mis pasos son fluídos, orquestados. Voy casi flotando en el suelo, como en un sueño profundo y después de subir la escalera de dos pisos interminable, entro a la casa de Ava y me doy cuenta, absolutamente, de lo bien que me hace sentir tener a mis amigos. De la manera en que están todos y de que los necesito mucho para atravesar esto, que por primera vez en mi vida lo siento fuerte e intenso y lo padezco, vivo esta separación como una pérdida de verdad.

Cuando pienso en Felipe, inmediatamente el pensamiento viene acompañado de una postal mental de Berlín, con un silencio turbio de fondo, como cuando algo que tenía sonido deja de tenerlo, como un corazón que deja de latir. Extraño con la misma necesidad el lugar que me acogió cuando me escapé de Copenhague hace como seis años tanto como al hombre que me viene rompiendo el corazón desde hace quince y del que nunca me puedo escapar de verdad. Pero siento que más allá de mi dolor dominante, hoy estaría mucho mejor en Alemania. Es verano y podría al menos estar recostada en una plaza, en el pasto mullido, leyendo el mismo libro que acá, comiendo una manzana mientras el silencio reina y los murmullos de la gente se esparcen suaves por el aire.

Berlín tiene una parte de mí. Como un pedazo de mi muro personal. Desde que bajé de ese bus con la única hispano hablante, en Funkturm, sin saber una sola palabra del idioma y me instalé en un hostel con ella, supe que amaba esa ciudad. Y siempre que pude, volví.

Cuando les digo a todos que amo una ciudad alemana, no entienden. Alemania es fría, gris y distante. La gente no tiene sentido del humor. Pero Berlín es diferente. Es un lugar espacioso, lleno de plazas y de cafés, donde los edificios tienen un patio interno y la gente casi no hace ruido. En los subtes no tenés que pasar un molinete y las puertas se abren en un amable “zurückbleiben bitte” (un paso atrás, por favor). En Berlín aprendí a estar sola y disfrutarlo, andando en bicicletas alquiladas, caminando perdida por horas por muchos de sus barrios, durmiendo siestas en Tempelhofer Feld y comprando en Russman productos de tamaño mini para llenar mi propio vacío interno con unos pocos centavos de euro que tenía en mi bolsillo de mochilera rasca.

Cada vez que me voy, le digo a Berlín desde mi ventanilla que voy a volver, a buscar esa parte de mí que le dejo para que cuide hasta mi regreso. Así siento que me obligo a reencontrarme en Berlín y con ella. Todos los que amamos esta ciudad sentimos que necesitamos nuestra

dosis de ella.

Pero hoy sigo acá, en Buenos Aires caminando de nuevo. Caminando hasta llegar a mi próxima oficina-café, con un mínimo de espacio para la compu y con ganas de encontrar la concentración para leer un rato más y para intentar trabajar, también. Siento el gris plomo en el aire y en mi cabeza. Estoy triste de verdad y no puedo sacarlo de ahí. En el camino paso por una avenida llena de negocios que venden muebles y por momentos me invaden ganas de entrar y sentarme en ese escenario para jugar a la casita en tamaño real, como cuando era chica y lo hacía pero en escala Barbie. Por suerte queda en un deseo mental y puedo reírme de lo que sucede para poder seguir caminando.

En el bar primero abro el libro y logro concentrarme, pero al rato como siempre queda un halo de él, que vuelve como una ráfaga, como lo hizo siempre, que me recuerda quien es el más fuerte de los dos, el que de verdad puede ir avanzando. Quiero sanarme y salir de esto, todo lo que me sucede es un esfuerzo mayor que creo estar haciendo para poder avanzar y salir definitivamente de este estado de dominación de la emoción. A veces me tiemblan las manos, los brazos y los hombros como si fuese una adicta. Y yo ya no quiero sentirme así.

Capítulo 2

10.

El calendario de la computadora me avisa “Es el día de la independencia”

Y bueno, este hecho me obliga a pensar en que ayer, un día antes del día de la independencia, fui a buscar todas mis cosas a la casa de Felipe. Finalmente se supone que hoy nos llega el día de la independencia a los dos. En lo personal este día de la independencia no me estaría sentando de maravilla.

A la mañana, después de buscar las cajas por la verdulería de Martín, a quien le pregunto si es italiano para entablar un poco de afinidad antes de pedirle que me regale algunas cajas (pero resulta que es de San Pablo) preparé mi tanda número uno de cosas pre mudanza, que eran las que llevé en principio a lo de Maca y desde su casa me fui en un taxi a la casa de Pola, también conocida como mi madre. Me deprime mucho la idea de volver a casa, del desorden, de las cosas desacomodadas, de volver a un lugar del que todo el tiempo me interesa escaparme.

Pero apenas vuelvo a esta casa y con el ímpetu de una persona que no está usando su propia cabeza para pensar, pero sumamente segura del propio impulso, me voy enseguida con un bolso enorme y dos cajas igual de incómodas en subte, a buscar el resto de mis cosas, la tanda número dos, la tanda final a casa de mi ex, que está vacía porque se fue de viaje con sus amigos. Aparentemente él puede vivir su separación en un viaje, estar ahí afuera y vivir y respirar tranquilo, mirando paisajes, yo si pudiese me comería a mí misma sólo para no estar en ningún lado, para no tener que soportar mi propia y destructiva tristeza, que queda atorada en el vacío de un feriado en una ciudad de cemento.

Apenas estoy avanzando hacia la esquina de su casa y es imposible no abrumarme. Me hago la triunfante, por ser tan madura como para venir sola acá, a recuperar mi confianza y ser de nuevo la mujer independiente que siempre fui. Mi adentro es un infierno. Hoy es un día de sol en Buenos Aires y lo primero que encuentro al abrir la puerta de la casa que mi ex compartió conmigo por un determinado período de tiempo, es que tiene una gran parte de mis paquetes preparados. Listos para salir de su vida. Así de rápido, fácil y como un servicio exprés de mis sentimientos.

Abro la ventana y me da bronca que pueda estar de viaje y encima salga el sol, quiero que llueva, que la pase como el culo, es todo completamente injusto. Veo el afuera y ahí vuelvo a la misma sensación de la primera vez que me senté en ese borde, con mi camiseta a rayas y el short de jean, tomando vino, riendo y mirando a la gente pasar justo por ahí abajo. Estaba tan entera, tan cerca de mí, todo se fue de alguna manera

disolviendo, dejé de ser yo misma para gustarle más a él.

Mi mirada vuelve a los paquetes y la incógnita empieza en "¿me aceleró el proceso porque a él también le duele o porque quiere que me vaya antes de que destruya su departamento? ¿Tiene secretos escondidos en los cajones? ¿Tiene algo que yo no deba encontrar? ¿Se da cuenta de que podría incendiar este lugar si quisiera?

Estoy entre dolida y enojada y no se cómo desquitarme de todo lo que estoy sufriendo. Así que pongo *Satan Said Dance* muy fuerte en los parlantes para que sus vecinos lo odien y me pongo a bailar como una maníaca en el departamento de un ambiente sin cortinas. En este momento no me importa absolutamente nada, pero me doy cuenta de que mientras me estoy moviendo, espasmódicamente también estoy lagrimeando. Porque la cosa es que volver a ese departamento me devastó. Tuve arrebatos de ganas de llorar de rabia con fuerza y de gritar desde la garganta.

Empecé a hablarle a su fantasma en voz alta sobre cada cosa que me llevaba porque me pertenece, porque él solía decir que no había nada mío en la casa, que todo lo que había era de él. Así que pasé por el baño y mientras guardaba el secador de pelo iba diciendo "chau secador" o cuando desarmaba el mueblecito del baño que tantas veces lo enojó porque "no lo había traído antes". Bueno, ahora mueblecito se fue para siempre "Adiós mueblecito del baño!" El vino Cadus, que compramos en Mendoza "Decile adiós a Cadus porque se va con ex novia despechada también!!!!"

Y todo fue una absoluta lucha interna a cada caja y cada bolsa que se iba llenando de mí y vaciándose de la casa. Veo que detrás de todas las cosas está la valija roja de él y está llena con mi ropa. Ordenada prolijamente, casi pareciera que con cariño y hasta atención y ver esto me lastima por dentro, en los órganos más vitales de mí. "No quiero que me armes la valija para que me vaya, quiero que no me dejes ir". Así que saco toda la ropa de la valija con un desenfreno poco elegante, como para que se meta la valija bien adentro de su casa porque seguro que en el culo no le entra y meto la ropa a presión, lo más rápido posible en mi bolso enorme de 12 dólares, espantoso y sobre todo berreta, que compré en uno de esos viajes que yo hacía a Miami, cuando traía ropa con el gordo barrabrava para vender por Internet. Pero el bolso no alcanza para guardar toda mi ropa y encima me falta toda una tanda de camperas, así que vuelvo a guardar de nuevo toda mi ropa en su valija, a presión, como puedo y rendida, con muchas ganas de llorar, pero me contengo porque me cansé de llorar, creo que a esta altura me agoté de hacerlo.

Finalmente mi espíritu me permitió preparar todo y con la bicicleta desinflada, mis libros de alemán y el Cadus en la espalda me fui del edificio. Antes tiré al tacho de reciclables una bufanda que me habían

regalado porque se que no fue con cariño y no quiero nada más que no sea de verdad.

Un rato más tarde vino una camioneta y llevamos todo de vuelta a lo de Pola. Y cuando llegué a casa esperé un rato y me tiré a dormir, como una pelotita o un perrito con frío. Me dormí llorando porque me duele y eso es lo que sale, no puedo controlarlo y tampoco se si quiero. Siento una bola de angustia punzante, que lastima y no termina de caer al fondo o de deshacerse.

Escucho el sonido de la vibración del teléfono entre sueños. Pero algo me dice que es él respondiendo mi mensaje de aviso y no quiero despertarme. Estoy un poco babé mental y no quiero pensar más. Y una vez más, esa misma tarde, que devino en noche me costó levantarme de la cama. De nuevo el silencio y la sensación de no saber exactamente por qué esto no se termina más o por qué de nuevo estoy acá en el punto de partida de esta carrera idiota y cíclica en la que se está convirtiendo mi vida adulta.

Me dice que no hay problema en que le deje las llaves a Maca (que ella después se las va a pasar a Antonio, que después se las estaría devolviendo a él, como un teléfono descompuesto interminable, como una cadena ridícula de pasada de llaves). Me dice “Estoy en San Juan” Me dice “Beso”. No respondo a nada.

Miro en la repisa la foto de mi abuelo vestido de soldado, impecable y vintage. Le digo “Papá, dame fuerzas para poder seguir” y en ese mismo momento mis piernas me sacaron de la cama y ya estaba arriba y no hubo más desolación ni tristeza, ni vacío y me dediqué seriamente a ordenar todo el ropero de mi abuela y parte del ropero que ahora va a ser mío.

Hoy siento que necesito estar un poco más adentro que afuera.

Capítulo 3

12.

Hoy todo me deprime y me niego. Negarme a estar deprimida es ridículo, no se puede controlar un sentimiento mientras está sucediendo, es como estar en el pico de una montaña rusa y decir "Bueno, acá me bajo, ya está, ya entendí el concepto de subir y bajar" Pff!

La cosa es que volví a casa de Pola y ya es un buen principio para deprimirme. Además de esto, Maca me pidió que vayamos a una feria hippie en Avellaneda. Que calculo que ya es como entrar a terreno de conurbano.

La verdad es que Buenos Aires es una ciudad, de una provincia enorme, de la cual no conozco ni el veinte por ciento, y cada vez que viajo hacia una localidad nueva me doy cuenta de que este lugar sería hermoso si no existiese el peligro de transitarlo. Buenos Aires conserva en algunos lugares zonas intactas, partes y hasta edificios completos de principios de siglo, de fachadas de estilo francés desperdigados por toda la ciudad, de una belleza sutil, que pasa desapercibida en su tono opaco por la suciedad del paso del tiempo y del descuido. Hay todavía pilastras con figuras humanas que sostienen hermosas fachadas a sus espaldas, como soldados o mujeres de trabajo duro, y se observan detalles que se conservan intactos cuando uno está dispuesto a concentrar la vista sobre ellos. A mí me gana el silencio cuando empiezo a buscarlos, como si estuvieran ahí para que los encuentre y me hacen sentir en otro momento de este lugar, cuando Buenos Aires tendría otros encantos.

Pasamos la tarde en una esquina con los hippies del conurbano y algunos venezolanos viendo malabares, jugando a la pelota con un nene de seis años y tomando mate con el sol, que nos da en la cara o en la espalda. Me doy cuenta de que miro el celular cada vez menos y lo vivo con un dejo de cierta alegría, porque es algo que pasó de ser un elemento de distracción a ser un elemento de tortura.

Nos fuimos de paso a la casa de la mamá de Maca, que vive cerca de la casa donde vivían mis primos y aprovechamos la vuelta para pasar por el bar de mi primo, en Quilmes. Resulta que en un mundo de casualidades Maca lo conoce a mi primo antes de conocerme a mí. Y en un mundo de mayores casualidades también lo conoce a mi amigo Patricio que fue pareja de su primo Gerardo.

Maca además de esto, sale con el mejor amigo de mi Felipe, Antonio y ella está presente a cada momento, nos sostuvimos cuando Antonio se comportaba como un pelotudo o cuando Felipe también lo hacía. Pero sobre todo, Maca estuvo más presente que nunca en mi separación, la

definitiva, cuando lo primero que hice fue avisarle a ella que me había separado, un lunes a la mañana y me fui con tres bolsos y mi valijita azul a la casa de ella. Y me contuvo y me escuchó llorar y yo a ella también y la abracé cuando llorábamos sin saber si estábamos tristes por algo o si era el síndrome pre menstrual jugando con nuestras emociones. Y sentí tanto su afecto y su atención que cada noche antes de dormir le decía interna o externamente "Gracias". Porque era lo que sentía desde muy adentro de mí en esos momentos en que me atravesaba todo.

Hoy estamos cerca del bar que tiene mi primo Mariano en Quilmes así que vamos en el auto de la prima de Maca, con la prima de Maca, su novio venezolano y nosotras mismas a cenar al bar de mi primo. Está en una zona céntrica y por ahí hay mucho movimiento. Veo desde afuera la carita de mi primo menor y siempre, como siempre lo primero que resalta de él es su sonrisa. Eso tenemos mi primo y yo más que cualquier otra cosa en común: tenemos muchos dientes y si la vida te da dientes, entonces mejor usarlos para sonreír. Nuestras dentaduras parecen tener más que la cantidad de dientes normales para cualquier ser humano. Y él está ahí parado y me hace señas con las manos para que los cuatro entremos a su bar, que es más bien un pequeño restaurante, con pocas mesas y un ambiente bastante acogedor.

Siento un cariño extraño por mi primo, la verdad es que no tiene que ver con la distancia. Gran parte de mi vida puedo resumirla en distancias, de espacio y de tiempo. A mi primo, como a mi papá lo vi contadas veces en mi vida, no se exactamente que nos acerca o nos aleja, pero Mariano hizo más esfuerzos que yo en acercarse y a veces siento no haberlo retribuido de la mejor manera. Es un poco que estuve muchos años sin sentirme entera, cuando venía a visitarme a mi departamento, hace algunos años, yo estaba en pareja con Andrés y detestaba todo lo que pasaba, me detestaba a mí, no estaba conectada con nada de lo que quería para mi vida, sólo me dejaba suceder y arruinaba todo lo que estaba a mi alrededor o me alejaba del mundo. O me metía para adentro.

Mariano comparte conmigo, como genéticamente, la pasión por conocer el mundo. El viajó hace un tiempo al Viejo Continente sin ningún tipo de permiso o papeles e incluso sin hablar idioma inglés y de todas formas logró quedarse un año y medio trabajando y recorriendo casi todo. Y volvió cuando se peleó con su novia "en busca de un poco de cariño argentino" lejos de la frialdad europea.

Me pregunto si toda esa parte de la familia genética por parte de mi mamá que no conozco, también tenga tanto en común conmigo o si esto es porque tengo un lazo sanguíneo mucho más fuerte con los Hope que con los demás. Casi no los conozco pero con cada uno de los integrantes de mi familia paterna descubro detalles que nos unen como un

rompecabezas.

Me pide que nos quedemos a dormir en su departamento así podemos quedarnos hablando hasta tarde cuando él cierra su negocio y Maca está de acuerdo y nos quedamos solas tomando bastante champagne y bajoneando chocolates.

Empiezan a llegar amigas de mi primo y cuando una de ellas me pregunta donde vivo se asombra de que haya respondido con tanta vergüenza que vivo en la casa de mi mamá , con mi mamá. Y ella me dice que no me estaba preguntando el lugar físico sino la zona.

Ahí entiendo que el problema lo tengo yo. Que vuelvo a los treinta y cuatro a casa de mamá. Sin techo de nuevo, con mi valijita cada vez más chiquita, la próxima quizás sea invisible o un palo con una tela en uno de sus extremos, como el chavo del ocho, el huérfano de sesenta años que se viste como un nene de ocho y vive en una pensión adentro de un barril. La historia de mi vida.

Y mientras mi ola de pensamientos me invade, esta chica joven y tan bonita me dice que no tengo nada de qué avergonzarme y que todos pasamos por ahí.

Y conociendo mis propias limitaciones le pedí a mi primo que me preste las llaves para ir al departamento para ir a dormir, porque no quiero forzar la noche. Quiero acostarme. Quiero taparme con esa frazadita peluchona que acabo de encontrar sobre el sillón y despertarme temprano y tener ganas de volver a casa. Y eso es lo que hago.

Capítulo 4

13.

La vuelta no fue fácil y bastante truncada. Maca perdió anoche los doscientos pesos que nos quedaban entre las dos y por suerte encontramos un Mc Donalds para desayunar y pagar con la tarjeta de débito. Me doy cuenta de que mi estómago volvió a cerrarse, por suerte, para no llenarme de la comida de mierda de este lugar.

El tren tiene un retraso de una hora y me indispuse esta mañana. Siento un alivio y desolación como cada vez que me indispongo. Decidimos que tomar un colectivo va a ser la mejor solución, y voy todo el viaje entre leyendo un libro feminista que me prestó mi amiga Na, que sabe mucho más que mucha gente que conozco, sobre feminismo. El libro trata de Las mujeres y el éxito y mientras lo ojeo miro por la ventanilla todo lo que va sucediendo afuera. Las calles rotas, las personas alcoholizadas que se tiran sobre los hombros o los brazos de otras personas, estos lugares que en otras ciudades del mundo tranquilamente podrían ser zonas de fábricas. Buenos Aires está devastada y quizás no llegue a ver su evolución nunca, quizás definitivamente no la haya. Veo la estructura de la ciudad como un relevo de hermosa arquitectura suburbana, las fábricas enormes, las fachadas de las calles llenas de graffitis y la desolación en casi todas las esquinas de estas calles que atraviesan la ciudad, al otro lado de la General Paz, como decimos los porteños cuando salimos un poco de la capital.

El colectivo tarda en su recorrido, pero no tanto como creíamos, así que despierto a Maca en la zona de la Aduana y nos bajamos para tomar el siguiente bus que nos deja por su casa. Ya es casi mediodía, está nublado y no puedo dejar de pensar con una terrible efervescencia después de todo lo que pasó desde ayer, en que en el momento es hoy.

Hoy es cuando tengo que escribir el libro que quiero escribir, cuando tengo que dibujar las cosas que a veces no paro de soñar, leer los libros que quiero leer. Siento tener tanto desde adentro que quiere salir hacia fuera que la sensación me arrebata con fuerza. Siento que quiero llegar a los cincuenta o a los sesenta sabiendo que mi vida no terminó con el final de una novela o con el momento en que apago la tele para irme a preparar la cena. Y después comerla. Y después a la cama. Y mañana al trabajo. Y mañana a la tumba.

Sí, quiero vivir en una casa, o un departamento o una habitación, claro, sé que no quiero ser nómade. Pero quiero ser activa electora de mis elecciones, de vivir en un lugar que me gusta y de elegir las cosas con las que voy a decorarlo, de trabajar de algo que puedo disfrutar en mis propios tiempos, que requiera de mi creatividad, que me surja desde el

amor.

Cuando dicen que hay que conectarse con la creatividad lo que quieren decir es que hay conectarse con el amor! El amor y la creatividad fluyen como almas iguales, se necesitan para crecer y yo quiero estar segura de poder atenderlas.

Quiero estar en la imagen mental de mi departamento en Alt Moabit con las ventanas amplias y abiertas, sacando libros de las cajas de envíos mientras afuera está gris Berlín y yo tengo el sol tan adentro mío que las nubes no me cubren. Acá no hay una explicación lógica porque no la tengo, es más bien mi propio sentimiento de amor, de ir en búsqueda de mi amado lugar al otro lado del océano, para no ser como todas esas personas que se quedaron sin amar por orgullo o por el miedo del salto al vacío. Berlín no me va a pedir que me quede, pero yo puedo elegir quedarme en Berlín y eso es lo que necesito hacer.

Y cómo empiezo más que trazando un mapa mental. "Qué necesito para quedarme en Berlín". Tengo una hoja de papel en blanco, que se convierten en varias, llenas de planos mentales, como cuadros sinópticos, opciones de barrios donde podría vivir, el presupuesto mensual para vivir como me gustaría tanto en Buenos Aires como en Berlín, qué quiero de una relación sana y que estoy dispuesta a dar a cambio, qué hace que quiera a Felipe y hasta por qué no debería estar con él. Y me inundo de mis deseos y hasta de la fantasía.

Y en ese momento suenan los mensajes de Facebook:

“Ine, estás?” y suenan los mensajes de whatsapp:

“Ine” e Inés deja todo y responde. Es Felipe.

Capítulo 5

14.

Felipe está enojado porque Inés se llevó su vino. La excusa para seguir discutiendo o manteniendo algún tipo de contacto es el vino que estaba ahí esperando a ser abierto en algún momento de su existencia como vino, de esos caros, que compramos en un viaje que hicimos juntos a Mendoza.

Pasamos una semana en Potrerillos, un lugar lejos de la ciudad, cerca de las cabañas había un río turbio, como al costado del terreno y pasé momentos de casi todas las noches mirando las estrellas. En ese viaje tomamos mucho vino y pasamos mucho tiempo en el calor de la cama. Extraño esos momentos en que me sentía al menos yo, más cerca de él. Los viajes me hicieron sentir más cerca de él. Repetí algunos destinos sólo para que mis recuerdos de los lugares que ya había visitado tuvieran recuerdos con él: Mendoza, Montevideo, Ushuaia. Lugares que conocía pero que necesitaba mostrárselos. Fueron lugares en que pensaba mientras estaba sola en ellos que hubiese preferido estar ahí con él.

Porque en nuestro lapso de ocho años sin vernos pasaron muchos viajes, sola y con amigos y con otras parejas, pero en lo más profundo e inconsciente de mí, algo que todo el tiempo deseaba y me hacía sentir también que podría estar ahí con él. Si el hilo rojo existe y el libro de los grandes amores también, entonces este era el mío. Y se fue de nuevo. Y todavía sigo sin entender por qué. A veces siento que puedo entenderlo, puedo procesar los pasos que llevaron a estar de nuevo alejados para siempre y cuando la racionalidad se distrae en otro plano viene lo emocional a preguntarme por qué no estamos más juntos haciendo cucharita en la cama, adosándonos como un solo ser humano.

Son mis momentos de debilidad.

Pero agradezco que él se comporte como un perfecto imbécil, para poder alejarme de nuevo de lo que siento por él detrás de la superficie de mi enojo. Me dice por mensaje que estuvo haciendo cosas para no

“bajonear”. Intento abrir mi corazón porque no quiero volver a ser orgullosa, nunca más. Se me cayó la armadura, no la quiero más puesta y le digo que me está costando mucho, como siempre me pasa con él. Me dice “ok”.

Los dos queríamos esa botella como algo sentimental, el trofeo de uno de esos momentos en que nos quisimos tanto, de cuando volvimos a estar juntos y nos encontramos después de tantos años y entonces lo nuestro iba a ser para siempre, esa parte del final feliz de la historia de amor que nunca se había terminado. De esas historias que a cada persona que se la contaba respondía con un “awwwww”.

Nos volvimos a ver ocho años después. Yo en ese momento venía de salto en salto. Estaba vacía por dentro y necesitaba que algo me llenara el espíritu, yo no veía que pudiera hacerlo sola en todo ese contexto, cuando encima, la economía se me estaba yendo a pique otra vez. Y esta vez, como otras tantas, tampoco sabía como recuperarme. Ya estaba por volver a casa de mamá antes de volver a Berlín en seis meses y él acababa de irse de la casa de su padre, para mudarse a su nuevo departamento de soltero. Y en ese contexto empezamos a hablar de nuevo.

Me contó de su accidente en la ruta hace dos años. Mientras andaba en moto en la ruta se le cruzó un tipo en bicicleta y él salió despedido y vino una ambulancia y su clavícula se partió en pedazos. Yo sabía de su accidente, habíamos intercambiado mensajes en ese momento, pero él titubeaba en verme, claramente y luego confirmado, que era porque estaba en pareja con una chica, que lo estuvo cuidando durante su recuperación. Siempre me quedé con la sensación de no haber estado ahí, siempre me queda esa misma sensación con él, de que no me permite que entre por sus poros como quiero, que no soy imprescindible en su vida, que no estoy nunca primera en la lista. Yo creo que el muro del que siempre hablaba era él mismo en realidad y no yo como me hacía creer. Yo por quererlo siento que le asentí todo. Asintiendo a todo me volví a quedar vacía.

La cosa es que él también sabía cosas de mí: yo estaba preparando mi salida de Buenos Aires y como esta misma vez mi corazón me llevaba para Alemania con un pasaje de ida, con la idea de conocer el mundo. Tenía algo de plata para gastar en trayectos y ya estaba terminando de

vender todas mis cosas para esfumar todo lo que había quedado acá. Me iba a ir a mediados de junio, con el invierno de acá, que es el verano de allá. Estaba segura de que algo me iba a detener, por eso había empezado rápido una terapia de counseling, porque algo adentro mío me decía que iba a boicotearme para no viajar adonde quería llegar.

Capítulo 6

19.

Quiero estar bien. Dejar de adolecer . Quiero ser un poco más adulta y responsable con la dosificación de mis sentimientos. Pero es como que todos los caminos me llevan cerca de todo lo que refiere a él. El departamento de mi prima queda a dos cuadras de la suya. El padre que vive a la vuelta de la casa de mi madre. Su amigo que sale con mi amiga. Cuanto más quiero alejarme mentalmente, todo me trae más cerca y su presencia a mi mente.

Me siento como a los veintitrés. Temo no recuperarme más. Creo que la diferencia radica en que a los treinta y cuatro tengo un panorama un poco más certero de lo que quiero. No podría volver con él. No hay chance, en mi más profundo sentimiento, con todo lo que duele admitir esto, no hay manera de recuperarnos. Me encantaría decir que sí, pero no volvería a pasar por lo mismo con esta misma persona ni una sola vez más. Ni un sorbo más. Estoy segura de las cosas que quiero, me duele no tenerlas, en verdad, veo con un dejo de tristeza a la gente que tiene un compañero en su vida, que se miran y se dan la mano. Yo sigo queriendo eso, me oprime un poco pensar en alguien nuevo, en el verdadero momento en que alguien se muestra de verdad. En mostrarme (monstrarme) como soy de verdad.

A la noche me envolví nuevamente en mis nuevos mapas mentales, que habían sido interrumpidos en el momento de mayor fluidez. Pensaba que mis listas de hace cuatro años, eran más del estilo: Tener sexo con alguien más joven que yo, probar lsd, ir a un recital de Arctic Monkeys. Hoy estoy pensando quién va a ser el hombre con el que tenga ganas de despertarme muchos años de mi vida. Me volví una Susanita. Una persona afectivamente dependiente de un fantasma. Me siento como un golpe seco en el medio de mí misma. Un disparador. Yo no quería esto para mí. Iba a ser una viajera eterna, iba a escribir libros como Hemingway. Yo quería ser Hemingway. Ahora estoy pensando donde quiero tener mi hogar y qué cosas quiero ver desde mi ventana. Porque en mi lista no hay ácido, hay lugares con ventanas donde entra la luz de lleno y yo tengo que filtrarla un poco con una cortina tenue. Y de alguna manera me siento bien con esta última idea. Es un cambio, que más que me cambia es un intercambio. De una cosa a otra, uno tiene que dejar determinadas cosas para encontrarse con otras. Y si es genuino por mí está bien.

“Me gustaría que salgas con Fede” me dice Rosi. Pero no puedo sostener una salida a ninguna parte, mucho menos entablar una conversación, incluso unilateral con un receptor. Siento que pasé los últimos veinte años de mi vida saltando de una relación a otra. De un noviazgo a otro. De una cama a otra. Unas relaciones fueron más cortas y otras más largas. Pero

nunca supe exactamente qué estaba queriendo, más bien me dejaba llevar por lo que iba pasando con las personas que se iban sucediendo. El miedo a la soledad y el vacío me inunda muy a mis expensas, porque no quiero admitírmelo, pero es mi peor miedo. Estar sola es estar condenada a la soledad. Mi cristal me dice hoy que más que estar condenada hay que estar preparada, para estar sola y para encontrar exactamente qué es lo que carajos estoy buscando. Y cuando eso llega aceptarlo, libremente. En lo más profundo de la libertad y la elección.

Cuando le dije a Maca que me vendría bien estar sola un año creo que se lo dije en serio. Necesito saber qué quiero exactamente más que vivir en un desfile continuo de personas con las que no se exactamente para qué quiero estar. Quiero lo que quiero y eso es lo que quiero para mí. Para saber lo que quiero tengo que trabajar en encontrarme conmigo, decirme "Eh, cómo estás Ine? Vamos a trabajar en eso, pero empecemos por quererte a vos misma incondicionalmente. Se ante todo incondicional a vos misma y a las cosas que querés"

Capítulo 7

182.

Finalmente tomé el impulso que me levantó de la cama, me puse los jeans nuevos, sin un verdadero motivo más que el hecho de que siento que me calzan bien. Cuando me los probé en el local de Levi's lo confirmó la vendedora “Te quedan bien” me dijo. Pero quizás también, lo haya dicho para poder venderlos.

La señal del wifi sigue intermitente en este momento así que pude elegir desde una sola lista de reproducción y me fui con el paraguas bordó, uno enorme, que cubre la totalidad de mi periferia corporal y no sólo evita la lluvia, sino que también me protege de ella y en vez del pilotín elegí el piloto azul, ese que compré en Barcelona y tuve que usarlo ese mismo día, porque se había largado a llover torrencialmente en el Gótico y yo iba perdida entre las calles, esquivando a la gente, sintiéndome sola, quizás más que ahora.

Hoy, mi único plan es salir de casa este 25 de diciembre de domingo, día de navidad, a buscar el cargador de mi teléfono, que olvidé en la casa de Matilde, la tía de una amiga, donde pasé esta semana cuidando a sus gatas por períodos intermitentes de tiempo, cortos, de algunas horas, mientras balanceaba lo demás. Todo eso que es lo demás, es mi propia vida.

La lluvia afuera, en la calle vacía, excepto por algunas personas que como yo, no salen de paseo sino que lo hacen en búsqueda de algo específico, un cargador, un almuerzo o quizás un amor en algún lado. Pero lo que es seguro es que esta lluvia no se presta al ocio, ese de la vereda, como debería ser en un día como hoy, cuando los borrachos todavía darían vueltas por la calle, oliendo mal, balbuceando a los fantasmas.

Suena "Anthems for a seventeen year old girl" y me pongo a tararear el mantra “Park that car, drop that phone, sleep on the floor, dream about me” mientras paso por la puerta de la casa del padre de mi ex en el trayecto y por esas razones que a veces no entiendo, no me termina de invadir la tristeza, es más bien una leve melancolía que pasa como un vaso de agua por la garganta, mientras sigo caminando en calles de nada. Aunque admito haber pasado de largo la canción que siguió a continuación, una de Carla Morrison, porque eso ya era masoquismo y de alguna manera me quiero seguir preservando.

Por momentos trazo partes del recorrido del colectivo 23 pero nunca pasa. Hoy me toca caminar bajo la lluvia. Mientras tanto, la gente se protege de ella, los hombres abren las puertas de sus autos y las madres cubren a

sus hijos con paraguas. Somos animales, pienso. Me siento sola.

Me invade por completo un sentimiento de soledad y me pregunto si siempre va a ser así para mí, sentirme sola, estando sola. Tengo la leve sensación de siempre haberlo estado, como un estado continuo, pero al mismo tiempo no es tanto como un vacío. No es mi deseo estar con cualquiera que quiera estar conmigo, quiero saber qué se siente estar de verdad con una persona, trabajando para mantenernos en armonía, atravesando esas montañas que parecen de piedra y en verdad son de polvo.

El mundo me trajo a trabajar para las cosas y por mí está bien, aunque a veces no llegue a ver los resultados ideales que flotan en mi cabeza. No creo que mi abuela se haya equivocado cuando le dijo la semana pasada en la puerta de mi casa a Felipe que me deje hacer mi vida, pero yo también debería dejarlo a él hacer la suya, sobre todo cuando mi sentimiento se intensifica. Mi deseo pasó de "pasar toda mi vida con Felipe" a "que se quede o que se vaya para siempre" pero no estoy cumpliendo conmigo, viéndolo casualmente como amigos que van al cine o hablando de los libros que estamos leyendo una vez por semana, como si nada de todo lo que pasó hubiese existido. No es un recuerdo lavado, porque no se termina de ir y es más profundo que borrarlo de los contactos del teléfono o eliminarlo de las redes sociales.

Es el recuerdo de haber escuchado en mi teléfono sin querer, el audio de la numeróloga a la que fue en enero, que le dijo que lo nuestro nunca iba a poder ser, aunque tampoco le haya dicho por qué. Y que eso sea lo que él quería escuchar y yo lo haya escuchado en ese audio de mierda. Y eso es un ejemplo.

A veces olvido todo lo que me hizo, la manera en que me trató tan mal, más de una vez, como revisando mi teléfono para buscar pruebas de una mentira o diciéndome que no le atraía. Los últimos meses que dormimos cada uno de un lado opuesto en la cama. O como él ya no quería estar conmigo pero tampoco se animó a dejarme, delegando la responsabilidad en mí, aún sin querer de verdad hacerlo, pero sintiéndome obligada a tomar esa responsabilidad por mi propia sanidad mental.

Todo lo que pasó en mí después. Aunque más allá de todas estas palabras, que pueden sonar tristes pero que hoy son sólo palabras, realmente siento que estoy bien. Porque sí, es verdad que estoy más sola que nunca, ni siquiera me queda un amante para molestar borracha un viernes, ni tampoco descargué una aplicación para conseguir citas con el teléfono, pero me siento mejor conmigo, sentada en esta mesa de esta casa enorme, en venta y que no es mía.

En esta misma casa hace casi un año Felipe terminaba de estudiar su carrera para recibirse, mientras yo trabajaba en la mesa y ahí sentados nos reencontrábamos.

Pero también se que eso nunca fue perfecto, no digo tampoco que perfecto es lo que tenga que ser para que las cosas estén bien, pero en cada recuerdo, cuando raspo un poco la superficie encuentro siempre, una cascarita. El olor metálico del remedio para la infección que yo estaba tomando, que esa noche le sacó las ganas de coger, cosas como esa vienen en mareas a mi memoria y me ponen un stop.

Siempre algo en mí no le cerraba y eso hace que no entienda porqué quiere seguir en contacto conmigo. Cómo puede separar a la mujer que fui estando en pareja con él (o algo así) de la mujer que soy. Y por qué, por una excusa, por unas migas de él, respondo a sus llamados que son algo más parecido a caprichos de un chico que muere por recibir atención de alguien, no exactamente de mí. Y mi soledad, al menos el sentimiento de invasión que me genera y me obliga a responderle. No quiero lavar a Felipe con alguien nuevo, quiero aprender a estar bien, a ser entera, mi propia responsabilidad, salir de todo lo que no me sirve, quedarme con lo que me importa, mantener lo que de verdad me hace bien, bien adentro, sin recuerdos que rascando me hagan doler y me dejen marcas que tardan en cicatrizar. Hoy me quiero entera.

Capítulo 8